

los diferentes saberes médicos y, de esta forma, convertir estas instituciones de asistencia de naciones en espacios de comunicación y transferencia cultural. Para finalizar, la autora también destaca que, si bien la Corona no fue ni mucho menos el único agente de cambio en el mundo médico hispánico, sí ofreció —a través de algunos de sus principales hombres de gobierno— oportunidades concretas de negociación y mediación cultural, así como apoyo logístico y financiero para la creación y difusión de prácticas médicas innovadoras durante la época estudiada.

En suma, la historia de estas instituciones de asistencia vista desde una dimensión comparada arroja nueva luz sobre una gran diversidad de actores que, habiendo entrado en contacto en estos espacios, compartieron prácticas o códigos de comunicación, muchas veces acortando las distancias culturales que a priori les separaban. Del mismo modo, el hecho de que el libro preste atención a procesos culturales relacionados con la salud y la enfermedad permite un acercamiento a temas que hoy forman parte de cualquier historiador de la ciencia como, por ejemplo, las relaciones entre expertos y profanos, entre colectividades e individuos, entre lo local y lo global o las estrategias de hegemonía y subalteridad. Se trata de un libro que se apoya en saberes previos y está bien documentado, pero que, sin lugar a dudas, es también es un libro original y novedoso, por su planteamiento, por su enfoque y por sus resultados. ■

**Josep Barceló-Prats**

Universitat Rovira i Virgili, Tarragona

ORCID 0000-0002-8818-0872

■ **Mercedes García-Arenal y Felipe Pereda, eds.** De sangre y leche: raza y religión en el mundo ibérico moderno. Madrid: Marcial Pons Historia; 2021. 644 p. ISBN 978-84-17945-61-9. 38,00 €

El volumen colectivo objeto de esta reseña es fruto del congreso celebrado con el mismo título en Madrid, en 2019, organizado por Mercedes García-Arenal, arabista y profesora de investigación del CSIC. El otro editor del libro es Felipe Pereda, historiador del arte español y profesor en la Universidad de Harvard. La introducción del libro, firmada por ambos, constituye una declaración de intenciones respecto de los dos objetivos que la obra pretende alcanzar. Por un lado, abrir un debate

sobre la estigmatización de la población inmigrante que se da actualmente en Europa, fundamentada en un discurso de la diferencia. Por otro lado, explorar nuevas perspectivas interpretativas acerca de la historia del racismo, en base al análisis de distintas formas de esencializar la otredad. La pregunta que recorre toda la obra es: “¿En qué momento y bajo qué circunstancias la exacerbación del linaje y la mentalidad genealógica se convierten en racismo?” (p. 19).

Las aportaciones de los autores, de disciplinas y geografías diversas, giran en torno a la idea comúnmente aceptada en el mundo ibérico moderno según la cual los fluidos del cuerpo —y especialmente la sangre y la leche— transmitían el linaje y la religión a través de las generaciones. Los textos profundizan en los procesos que condujeron a que esta noción se utilizara como mecanismo de diferenciación para justificar la hegemonía de unos y la exclusión de otros, en el contexto de las conversiones masivas al cristianismo de judíos y musulmanes, y de los estatutos de limpieza de sangre a partir del siglo xv. Estos, vigentes hasta el siglo xix, imponían como requisito para ingresar en ciertas instituciones o acceder a determinados cargos la prueba “de sangre” de ser descendiente de cristiano viejo o limpio “de raza” (entendida esta como un defecto de linaje).

La doctrina de la limpieza de sangre ha recibido considerable atención por parte de la historiografía, pero no existe consenso sobre si puede considerarse el origen del racismo. Y es que, como señala Joan-Pau Rubiés en el capítulo que cierra el volumen, “determinar hasta qué punto se puede documentar el racismo en las fuentes de la modernidad temprana (siglos xvi-xviii), o incluso de la Antigüedad y de la Edad Media, depende en gran medida de la amplitud con que lo definamos” (p. 529). La originalidad del libro reside en rehuir de esencialismos, investigar la “racialización en plural” (p. 518), ampliar el contexto geográfico de esta problemática a las colonias españolas y portuguesas, y sumar al estudio de la metáfora de la sangre la alegoría de la leche.

El volumen está estructurado en dos partes: “Sangre” y “Sangre y leche”. En el primer capítulo, Mohamad Ballan analiza la flexibilidad de los discursos sobre la genealogía y el linaje en la Granada nazarí, basándose en los textos del poeta, médico, historiador y político Ibn al-Jaṭīb (s. xiv) y del noble morisco Francisco Núñez Muley (s. xvi). El primero subrayó en sus escritos los lazos genealógicos, religiosos e idiomáticos que unían a los reyes nazaríes y a los habitantes de Granada con la dinastía omeya, con el fin de reivindicar la identidad etnocultural de la sociedad granadina y la legitimidad de sus gobernantes. El segundo, en cambio, desligó las costumbres moriscas de las prácticas religiosas islámicas para pedir a las autoridades cristianas que retiraran las prohibiciones impuestas a los moriscos en la Pragmática Sanción decretada en 1567, dirigida a anular cualquier

signo de identidad de origen islámico, como el uso de la lengua árabe o el modo de vestir. En el capítulo que le sigue, David Nirenberg utiliza ejemplos de discriminaciones contra conversos al islam en el Imperio almohade y al cristianismo en los reinos de Castilla y Aragón para poner de relieve que no tiene sentido buscar los orígenes del racismo en una sola época, lugar o religión.

La Pragmática Sanción de 1567 fue uno de los principales desencadenantes de la II Guerra de las Alpujarras (1568-1571), en que la población morisca del Reino de Granada se alzó en armas contra la monarquía. Aunque la rebelión fue sofocada, en un contexto de miedo al avance del Imperio otomano en el Mediterráneo, agudizó el resentimiento y desconfianza de la población cristiano vieja contra los moriscos. Argumenta Karoline Cook en su aportación a este volumen que el imaginario negativo del morisco influyó en la consideración de los pueblos indígenas en los virreinos de la Nueva España y del Perú a lo largo del siglo XVI, y que a menudo fueron objeto de suspicacias como “neófitos que podían caer en la apostasía” (p. 106). Cook compara dos movimientos de sublevación contra la monarquía hispánica —la rebelión de las Alpujarras en la Península Ibérica y la resistencia inca en Vilcabamba, Perú— y apostilla que, tras ser reprimidos y restablecerse la autoridad real, las poblaciones locales recibieron distinto trato, recayendo la peor parte sobre los moriscos bajo argumentos sobre el linaje, la sangre y la herencia.

A continuación, Francisco Bethencourt lleva a cabo un repaso de las controversias en torno a los intentos de reforma de los estatutos de limpieza de sangre que tuvieron lugar en Castilla entre finales de la década de 1590 y la década de 1630, y apunta las razones por las que fracasaron. Por su parte, Jean-Frédéric Schaub esboza una breve historia de la adopción, a partir de documentos de archivos notariales, judiciales y eclesiásticos, y atribuye a la “tiranía de la sangre” (p. 197) la renuencia a adoptar en la España del Antiguo Régimen. El parentesco se establecía exclusivamente por línea sanguínea, por lo que los niños adoptados no tenían los mismos derechos que los legítimos.

En el capítulo siguiente, Jorge Cañizares-Esguerra apunta que, mientras que en los primeros tiempos modernos el cuerpo se percibía como algo maleable, susceptible de ser transformado por la influencia de elementos diversos (el clima, los astros, la leche o incluso la imaginación materna), a partir del siglo XVIII pasó a ser considerado como algo inmutable. Según el autor, las pinturas de castas, obras pictóricas producidas en los virreinos americanos, documentan este cambio. Tienen como denominador común la presencia de una pareja (hombre y mujer, cada uno perteneciente a un grupo étnico diferente) y el hijo resultante de esta pareja mixta. En los descendientes de sangre negra, a partir de la cuarta

generación, el vástago volvía a presentar la tez oscura y era denominado “torna atrás” o “de paso atrás”, una denominación claramente peyorativa.

A partir del análisis de un sermón pronunciado antes de la ejecución de conversos en Goa en 1644 y de otros textos de la época, Giuseppe Marcocci sostiene que, aunque no se debe rechazar la posibilidad de que las ideas de pureza de sangre contribuyeran a crear formas de discriminación basadas en el color de la piel, la estigmatización de los descendientes de africanos no tenía un fundamento religioso. Las analogías acerca de los judíos y los individuos de origen negro presentes en los textos deben interpretarse como figuras retóricas para afirmar que el apego de los cristianos nuevos al judaísmo era algo natural, igual que el color de tez de los africanos.

En el último capítulo de esta primera parte, Stefania Pastore reconstruye el auto de fe celebrado en Madrid, en julio de 1632, en el que se condenó a la hoguera a un grupo de criptojudíos, y comenta el opúsculo que escribió el jurista Juan de Quiñones acerca de las supuestas señales físicas que permitían descubrir la herejía, como la leyenda sobre la menstruación masculina de los judíos, a la que Quiñones otorga credibilidad.

James Amelang abre la segunda parte del libro con el relato de varios casos de católicos convertidos al protestantismo, que esgrimen como motivos de su conversión la repugnancia que les produce la representación sensual de los pechos desnudos de la Virgen amamantando a los fieles y el convencimiento de que la devoción de los católicos por la leche y la sangre como sustancias sagradas raya en la idolatría. Felipe Pereda, por su parte, examina, a partir de tres esculturas cristológicas, la complejidad simbólica de la sangre y la leche en el arte figurativo del Barroco. El pormenorizado análisis de las imágenes y de su recepción en la época revela aspectos insospechados acerca de sus orígenes y de lo transgresor de estas obras.

En el siguiente capítulo, Rachel Burk sostiene que las tragedias de honor conyugal del Siglo de Oro escenificaban la doctrina de la limpieza de sangre. En una sociedad que consideraba que las mujeres casadas estaban obligadas a mantener el linaje por medio de la castidad y en que la infidelidad era vista no solo como una mancha a la estirpe, sino también como un “temor exagerado del adulterio como un agente biológico de destrucción para los cristianos viejos” (p. 388), la sangre derramada de la mujer adúltera, asesinada a manos de su marido, se constituía en una prueba visible de la restauración de la honra y de la pureza de sangre.

Fundamental para entender la vinculación entre la sangre y la leche en la Edad Moderna es la explicación que da Christine Orobítg en su capítulo acerca del modelo, basado en el galenismo, de interpretación de los fluidos corporales:

el esperma era definido como un “concentrado de sangre” y, junto con la sangre menstrual, formaba la sustancia de la que se engendraba el embrión. La sangre menstrual era retenida por el cuerpo femenino para alimentar el feto durante el embarazo y, tras el parto, se transformaba en leche materna. Esta creencia apoyaba los discursos a favor de la lactancia materna o, en su defecto, de la elección escrupulosa de las nodrizas, pues se creía que la leche transmitía las características físicas y morales, y una única gota de leche impura podía corromper el linaje.

Seguidamente, Miguel Martínez presenta el caso del morisco Román Ramírez, cuya prodigiosa capacidad para declamar novelas de caballerías le hizo sospechoso de haber pactado con el diablo. Ramírez intentó rebatir esta acusación revelando sus estrategias retóricas y performativas, que aprendió de su padre, pero fue en vano y acabó muriendo en prisión. Cierra el conjunto de estudios de caso el texto de Francisco J. Moreno Díaz del Campo y Borja Franco Llopis, que compara las características físicas que se le atribuían al morisco en diversas fuentes escritas y visuales.

A modo de colofón, Max Hering Torres y Joan-Pau Rubiés plantean sugerentes disquisiciones sobre las formas de esencializar la diferencia en el mundo ibérico moderno. Hering Torres parte de la creencia según la cual la leche de las conversas era una vía de sangre contaminada, para reflexionar acerca del control del cuerpo femenino. Rubiés explora los principios que se utilizaban para describir las diferencias en materia de costumbres y conducta de los pueblos (tales como la religión, la teoría de las influencias ambientales o los logros culturales y políticos de cada nación), para analizar cómo estas nociones incidieron en las conceptualizaciones sobre la variedad, la diferencia y la desigualdad y la contribuyeron a alimentar argumentos sobre la jerarquía de civilizaciones y la discriminación racial.

En conclusión, *De sangre y leche* es una propuesta audaz, sugerente y rigurosa, que abre nuevas vías de investigación sobre la historia del racismo desde una perspectiva multidisciplinar, buceando en el pasado para dar luz a problemas del presente. A pesar de la diversidad de enfoques, los textos dialogan entre sí, configurando un conjunto bien trabado, a partir del análisis exhaustivo de fuentes documentales y de un contundente aparato crítico, que desentraña la naturaleza simbólica, pero también médica, política y cultural, de la sangre y la leche, y su relación con el discurso de la diferencia. ■

**Alejandra de Leiva**

IMF-CSIC, Barcelona

ORCID 0000-0003-0939-3982